OVERWATCH 2
HÉROES EN ASCENSO
UNA RIVALIDAD AMISTOSA
UN RELATO CORTO DE JUSTIN GROOT, GAVIN JURGENS-FYHRIE Y MIRANDA MOYER

HISTORIA
JUSTIN GROOT, GAVIN JURGENS-FYHRIE, ET MIRANDA MOYER

ARTE
HANNAH TEMPLER

EDITORIAL
CHLOE FRABONI

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, AMBER THIBODEAU

DISEÑO
JESSICA RODRIGUEZ

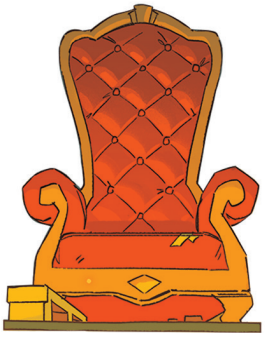
CONSULTA DE HISTORIA
MADI BUCKINGHAM, IAN LANDA-BEAVERS

CONSULTA DE EQUIPO DEL JUEGO
JEFF CHAMBERLAIN, GAVIN JURGENS-FYHRIE, PETER C. LEE, MIRANDA MOYER, DION ROGERS

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES
IAN LANDA-BEAVERS, MADDIY COOK

TRADUCCIÓN:
CESAR VASQUEZ CARDENAS, NICOLÁS MANUEL TOSO FERNÁNDEZ

© 2024 Blizzard Entertainment, Inc.
Blizzard and the Blizzard Entertainment logo are trademarks or registered trademarks of Blizzard Entertainment, Inc. in the U.S. or other countries.



—Sé que esto no se ve bien —dijo Junkrat, forcejeando contra las cadenas para rascarse la nariz.

Mako Rutledge, también conocido como Roadhog, su compañero más corpulento y aún más encadenado, permaneció en silencio. A través de una ventana con rejas situada en lo alto, se oyó un *crujido* metálico y un grito, como si alguien en la arena hubiera perdido alguna pieza importante.

Junkrat no le prestó atención. Tenía la fuerte sospecha de que su mejor amigo estaba nervioso. —¡Relájate! —le dijo—. Déjame hablar a *mí*. Y si las cosas se ponen demasiado ásperas, siempre le puedo decir a la reinita dónde está el tesoro secreto.[1]

Roadhog no contestó.

—¡Vamos! —dijo Junkrat—. ¡Nos conoces a mí y a la reina! ¡Somos muy amigos! No tanto como nosotros... —se apresuró a añadir—, sino más como...

Pasó un dedo del pie todo sucio por las baldosas astilladas del piso.

—¡Una rivalidad amistosa! —concluyó—. A veces no *tan* amistosa, pero siempre con mucho respeto, ¿no? ¡Respeto *recíproco*!

1 El hecho de que Junkrat conociera la existencia de un tesoro escondido bajo Junkertown era el secreto peor guardado del continente australiano. Incluso si te adentraras cientos de kilómetros en el desierto irradiado, el ermitaño de turno te diría: "¿Junkrat? Sí, he oído hablar de él. Tiene un tesoro escondido, ¿no? Nunca para de hablar de él".

Roadhog refunfuñó. Junkrat lo tomó como una buena señal.

—Así que sí, tal vez recibamos una reprimenda de las buenas —prosiguió Junkrat, encogiéndose de hombros—, pero luego ofrecemos una declaración de nuestro más sincero arrepentimiento, pasamos un rato paleando en el Pozo de lodo, y después, ¡de vuelta al bar a pedir té de burbujas y grillos fritos!

Roadhog no parecía aliviado. Es más, según Junkrat, parecía un poco *más* preocupado que antes.

—Está bien, de acuerdo —se rindió Junkrat—. Puede que pasemos unos días entre rejas. Una semana como mucho. ¿Es eso lo que te preocupa?

Se produjo un silencio.

Junkrat chasqueó los dedos. —¡Crees que debemos escapar ahora! Pues tienes razón. ¿Por qué esperar a que nos condenen? ¡Eso no es digno de genios criminales como Junkrat y Roadhog! ¡Ya deberíamos estar en las alcantarillas, a medio camino de la trinchera! *¡Hagámoslo!*

Pero Roadhog no se levantó ni arrancó las cadenas de la pared. Junkrat empezaba a perder la paciencia.

—¿Qué pasa, entonces? ¿Qué esperas?

La puerta de la celda se abrió de golpe.

—¡Muy bien, señores! —dijo el guardia—. ¡Es hora de la ejecución!

Por primera vez en mucho tiempo, Junkrat se quedó sin palabras.

Roadhog suspiró.

—Por fin.

El Vertedero era un enorme anillo de acero oxidado, cuyo suelo era un terreno arenoso lleno de manchas y escombros. En el centro había un pináculo de metal, cubierto de piezas y restos de robots.

Encima de los muros estaban los asientos, llenos de gente que Junkrat conocía de toda la vida. Emocionado, los saludó con la mano y alguien le arrojó un huevo.

—¡Te he visto, Scumbo Wigley! —gritó Junkrat—. ¡Deberías avergonzarte! Aquí en Junkertown, nuestra sabia y compasiva reina exige que tratemos a los prisioneros con *respeto*.

Roadhog le dio un golpecito en el hombro.

En lo alto, en una atalaya que sobresalía del anillo, se alzaba la Junker Queen, con casi dos metros de armadura, cicatrices, músculos y un cuchillo enorme. Su hacha, Masacre, se asomaba

EN LO ALTO, EN UNA ATALAYA QUE SOBRESALÍA DEL ANILLO, SE ALZABA LA JUNKER QUEEN, CON CASI DOS METROS DE ARMADURA, CICATRICES, MÚSCULOS Y UN CUCHILLO ENORME. SU HACHA, MASACRE, SE ASOMABA POR ENCIMA DE SU HOMBRO COMO SI PROMETIERA UNA MUERTE DOLOROSA.

por encima de su hombro como si prometiera una muerte dolorosa.

Sonreía, pero su sonrisa no era amistosa.

—Ustedes dos no merecen respeto —respondió—, apenas merecen mi atención. Solo estoy aquí para la ejecución.

—¡Esto es un escándalo! —exclamó Junkrat—. Roadhog y yo somos súbditos leales. Si se nos acusa de algo, ¡exigimos oírlo!

Junker Queen le dirigió una mirada *preocupante*.

—Está bien —respondió levantando un dedo—: intento de demolición de la entrada principal de Junkertown.

—¡Estábamos poniendo a prueba las defensas! —protestó Junkrat.

—Hacer volar en pedazos el puesto de salchichas prémium de Outback Bill —ya iban unos cuantos cargos— junto con algunos de sus clientes favoritos.

—Pero nosotros... —Junkrat hizo una pausa y miró a Roadhog, quien asintió— Sí, fuimos nosotros. ¡Lo siento, amigo!

Outback Bill se hundió en su asiento, más dolido que enfadado.

—Y lo peor de todo —dijo Junker Queen aprovechando el silencio mientras cerraba el puño—, el Incidente de la galleta.

Los murmullos de enfado aumentaron como una marea y Junkrat se giró para responder.

—¡Mírenme a los ojos y díganme que no hubieran hecho lo mismo!

—La sentencia —dijo Junker Queen desde lo alto—, es morir a manos de mi campeón

—¡¿Tienes miedo de enfrentarnos tú misma?! —gritó Junkrat.

—No, les estoy dando una oportunidad porque lo de la galleta fue bastante divertido. Tomen —dijo pateando una caja que se rompió contra el suelo.

—Increíble —murmuró Junkrat, rebuscando entre los restos. Tomó las seis granadas puestas en una bandolera bastante atractiva, mientras Roadhog enrollaba su gancho con cadena alrededor de su musculoso antebrazo.

La enorme puerta de hierro al otro extremo de la arena se levantó. Tras ella, solo había oscuridad.

—¿No es maravilloso? —susurró Junkrat—. ¡Morir a manos del campeón! ¡Qué honor!

—Muérete tú —dijo Roadhog—, yo pienso vivir.

—¡Técnicos y Deshuesadores! ¡Demoledores y Carroñeros![2] —exclamó Junker Queen alzando el hacha—. Su campeón y el mío también: ¡Wrecking Ball!

Una garra mecánica se clavó en el marco superior de la puerta y una armadura robótica con forma de bola se balanceó en el aire. Roadhog agarró a Junkrat por la bandolera y lo arrojó fuera del camino.

Por encima, dos cañones cuádruples se desplegaron de la bola y abrieron fuego, destrozando la zona donde había estado Junkrat. La multitud gritó y silbó. Junkrat, que había aterrizado de cabeza, no estaba tan contento de cómo se estaban poniendo las cosas.

—¡No ha perdido ni un solo combate y nunca abandona su armadura robótica! —exclamó una voz en la multitud no muy lejos—. ¡Nadie ha visto nunca su cara!

—¿Por qué crees? ¿Demasiado feo? —preguntó otro espectador.

—Podría ser, pero piénsalo bien. ¿Con este calor? ¿*Nunca* sale?

—Tiene que apestar mucho ahí dentro, ¡como una alcantarilla hecha de queso! —gritó Junkrat, deseoso de unirse a la fiesta.

—No dejes de moverte, idiota —dijo Roadhog. Ninguno de los dos vio la armadura rebotar contra la pared y lanzarse hacia ellos como un cometa asesino.

Junkrat levantó un dedo para replicar, pero Roadhog ya había salido despedido hacia la pared del fondo a una velocidad desmesurada, empujado por la armadura del campeón.

La piedra crujió, la multitud gimoteó y la reina se puso a reír desde su trono en las alturas.

Junkrat sacó una granada de la bandolera, tiró del pasador porque trabajaba mejor bajo presión, y levantó la vista.

La garra de Wrecking Ball iba directa a su cabeza. Junkrat se apartó de golpe y agarró el cable mientras se retraía dando latigazos y silbando. El impulso hizo que se levantara y saliera volando como un pájaro color polvo. Al pasar por encima de la máquina, dejó caer la granada.

2 La reina gobernaba Junkertown, pero las facciones hacían que la ciudad funcionara, más o menos. Los Carroñeros encontraban piezas con las que los Demoledores y Técnicos construían artilugios fabulosos. Los Deshuesadores en general destrozaban cosas, pero de forma útil.

—¡Roadhog! —gritó mientras caía hacia el suelo—. ¡Atrápame!

Roadhog no lo atrapó. Se quedó en el otro extremo de la arena, inmóvil.

Mientras Junkrat rebotaba por el suelo, la granada explotó. Comprobando que no le faltaba ningún diente, se levantó tambaleándose y observó el cráter humeante donde había estado Wrecking Ball hasta hace poco.

Donde Wrecking Ball *todavía* estaba. La armadura estaba chamuscada como mucho, y una pequeña compuerta en la parte superior parecía suelta. Pero eso era todo.

—¡Diantres! —maldijo con ganas Junkrat.

Con un profundo resoplido, un Roadhog todavía bastante vivo se lanzó hacia delante, hizo girar su gancho de cadena y lo lanzó. El gancho se clavó profundamente en la compuerta. Con músculos poderosos bajo la grasa, Roadhog tiró y...

Un panel entero de la armadura robótica se desgarró.

Allí, al mando de la máquina y pestañeando bajo la luz intensa, había un hámster. Era un poco más grande que el típico hámster que no pilota robots y tenía una cresta mohicana.

La multitud se quedó muda. Hasta que, por fin, alguien habló.

—¿*Ese* es el campeón? —preguntó Outback Bill.

El hámster agitó el puño y chistó enfadado. Las luces se encendieron en la parte delantera del robot.

—Dice: "Sufrirán por esto" —tradujo la armadura.

El público se puso en pie de un salto y *rugió* con aprobación.

El hámster se volvió a meter en las entrañas de la armadura y los cañones cuádruples se activaron. Junkrat y Roadhog se separaron de golpe mientras las balas silbaban.

—¡No te preocupes, Roadhog! —dijo Junkrat jadeando y sacando otra granada de la bandolera—. Solo tenemos que... mantener la distancia...

Sin embargo, el público empezó a corear.

—*¡Rueda y mata! ¡Rueda y mata!*

La armadura se detuvo de pronto. El hámster asomó la cabeza y asintió una vez. Una garra salió disparada y se enganchó al pináculo del centro de la arena.

La armadura empezó a girar alrededor del centro, al principio lentamente y luego cada vez con más velocidad, estirando la cuerda poco a poco. Se convirtió en una nube de metal, un círculo de muerte cada vez más grande.

Junkrat y Roadhog retrocedieron.

—¡Te vas a arrepentir! —le gritó Junkrat a la reina.

—Te vas a convertir en *puré* —respondió ella asomándose.

Concentrado, Junkrat arrancó el pasador de su granada con la boca y observó al hámster que giraba alrededor del pináculo.

Lanzó la granada.

La explosión dio en el blanco. Ya sin punto de anclaje, Wrecking Ball salió disparado en línea recta a través de la pared de la arena y, por el ruido que se escuchaba, atravesó también las tres calles siguientes.

El público se quedó sin aliento mientras Junker Queen contemplaba desde lo alto su ciudad.

—Se encuentra bien —anunció—. Parece que la nueva choza de Bill amortiguó el golpe.

Todo el público —Bill incluido— aclamó mientras la reina saltaba desde su terraza.

—No pasa nada, al cabo que de todos modos quería matarlos con mis propias manos.

—P-pero no es necesario —replicó Junkrat con el labio tembloroso—. Además, si muero aquí, nunca sabrás la ubicación de mi tesoro secreto.

La reina y el público emitieron un quejido al unísono.

—A nadie le importa tu tesoro —respondió Junker Queen mientras se acercaba él.

—¡Así es, mi infame tesoro secreto! —insistió Junkrat soportando el desprecio con la dignidad herida de un verdadero héroe—. ¡Pues solo yo sé cómo superar la *Puerta final*!

Se hizo un silencio con el que se pudo oír el lejano crujido de una gigantesca y redonda armadura metálica, rodando furiosamente en dirección a la arena.

—¿Qué es la Puerta final? —preguntó alguien.

—Es la última puerta sin abrir del ómnium[3], tonto.

—Ah, *esa* puerta.

—La Puerta final es impenetrable, la hemos golpeado, bombardeado, y nunca sufrió ni un rasguño —añadió la reina frunciendo el ceño—. *Nunca* entraste.

—¡No solo entré, sino que *salí*! —exclamó Junkrat. El crujido del suelo arenoso era cada vez más fuerte.

—¿Ah, sí? —siguió la reina—. ¿Y cómo lo lograste?

—¡Caí a través de una serie de orificios cada vez más pequeños en el techo! Encontré una sala de control y la conecté a mi propia llave maestra —respondió Junkrat guiñándole el ojo a la reina—. Si quieres abrir la Puerta final, vas a necesitar mi ojo.

El público se quedó pensativo.

---

3 Junkertown se construyó entre las ruinas de un ómnium, una fábrica anterior a la Crisis que producía sirvientes robóticos para los humanos y soldados mecánicos para el dios digital renegado Anubis. Como era de esperar, los chatarreros habían hecho saltar por los aires la suya y la utilizaron como chatarra.

SI QUIERES ABRIR LA PUERTA FINAL, VAS A NECESITAR MI OJO.

EL PÚBLICO SE QUEDÓ PENSATIVO.

—¡MÁTALO Y QUÍTALE EL OJO!

—¡Mátalo y quítale el ojo!

Wrecking Ball emergió por el agujero en la pared justo cuando una oleada de gente musculosa y violenta de Junkertown se precipitaba por encima de las barreras. La armadura robótica chocó con ellos, como un corcho en plena tormenta. Desde el otro lado de la arena, Demoledores ya abrasados por las explosiones encendían mechas, mientras los Técnicos levantaban enormes máquinas.

En la arena, Roadhog observó el avance de ambos ejércitos y suspiró.

—Junkrat —dijo.

—Junkrat... ¿eres un genio? —dijo Junkrat esperanzado.

—Cuchillo —dijo Roadhog.

—Oh, qué alivio. Pensé que ibas a decir "idiota".

—Cuchillo —repitió Roadhog, porque uno de los Deshuesadores acababa de lanzar uno.

Junker Queen empuñó su hacha y apartó de golpe el cuchillo volador.

—Mako —dijo—, ¿está diciendo la verdad?

—No lo sé —le contestó Roadhog.

—Me lo imaginaba —dijo la reina girándose hacia el ejército de Deshuesadores—. ¿Qué les hace pensar que pueden reclamar un tesoro en *mi* ciudad? —Antes de que alguien pudiera responder, un centenar de bombas de Demoledores estallaron a la vez. Una nube de polvo descendió, dejando a Junkrat de pie bajo la creciente sombra de Junker Queen. A su alrededor, los Deshuesadores libraban una batalla a vida o muerte contra sí mismos para llegar hasta él.

—En verdad tenía muchas ganas de verte morir —le dijo ella.

—Yo también —afirmó Roadhog. Junker Queen le dio una compasiva palmada en el hombro y se giró hacia Wrecking Ball, que por fin llegaba rodando.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó.

El hámster usó sus garras para salir de la cabina y gruñó algo.

—El mamífero dice que cayó en una alcantarilla —tradujo la armadura robótica.

—Y es por eso que apestas, ¿no? —continuó Junker Queen entre risas—. No porque nunca te das un baño.

Junkrat agitó los brazos tratando de entender.

—¡¿Lo sabías?!

Se volteó y la sonrisa desapareció de su rostro como una guillotina.

—No recuerdo haber dicho que podías hablar, rata.

—*¡Es un roedor con un traje robótico!* —exclamó Junkrat.

Junker Queen inclinó la cabeza. —Y tú eres una rata, y tu compañero tiene cara de cerdo —respondió ella—. Me cansé de hablar de esto. Me debes un tesoro.

Le dio una palmada a la armadura de Wrecking Ball y señaló a la multitud de Deshuesadores.

—¡Despeja el camino, campeón!

Lanzando su garra a través de la multitud, Wrecking Ball salió disparado hacia delante. Roadhog avanzó detrás, utilizando su gancho para mantener el camino despejado. Junkrat lo siguió... con el cuchillo de la reina apuntado a su espalda.

Los cuatro salieron a toda velocidad, tambaleándose y rodando por un callejón sinuoso. En las calles vecinas, las bandas de cazadores Deshuesadores se llamaban entre sí como lobos hambrientos.

Sin bajar el ritmo, la bola rodante desplegó sus cuatro patas y se adelantó al grupo mientras un Deshuesador salía de un callejón con un rifle apuntando hacia ellos. La armadura saltó por los aires, giró y cayó sobre el Deshuesador con un *crujido*.

Junkrat hizo una mueca de dolor. Cuando vio el estado del Deshuesador, la hizo otra vez y avanzó hacia Roadhog, trotando al frente del grupo.

—Roadhog —susurró.

—No —respondió Roadhog.

—¿Cómo que *no*?

—No más planes.

Junkrat *casi* estalla. Pero decidió, con bastante astucia, reservar su enfado para más tarde.

—Una vez que la reina consiga el tesoro, seremos desechables. ¿Cierto?

Roadhog no contestó.

—Así que espera mi señal una vez que pasemos por la puerta. ¿De acuerdo?

—¿Qué están murmurando ustedes dos? —quiso saber Junker Queen.

—Estamos hablando del tesoro —contestó Junkrat sin tener que mentir.

LA GENTE ME SIGUE PORQUE CUANDO LAS COSAS VAN MAL, CUANDO LOS DELINCUENTES ESTÁN A LA PUERTA Y TODO LO QUE HAS CONSTRUIDO ESTÁ EN LLAMAS, NECESITAS A ALGUIEN QUE HAGA ESTO.

—*Mi* tesoro —corrigió ella—. ¿Y además se puede saber de qué se trata?

—Es una sorpresa —aseguró Junkrat—. Pero te diré una cosa. ¡Te aseguro que te quedarás boquiabierta!

Soltó una pequeña carcajada mientras el resto del grupo seguía caminando, eliminando Chatarreros a su paso. Juntos, llegaron a un patio en lo alto de una colina. En la base, en los cimientos de roca de un edificio inclinado, había una puerta de acero pulido, sin signos de óxido o del paso del tiempo.

La Puerta final.

Desgraciadamente, delante de ellos había una multitud de Deshuesadores que los esperaban. Su líder estaba a la cabeza del grupo, con un vendaje reciente y un gran cañón casero colgando de unas asas hechas con cinta adhesiva. No quedaba claro qué cosa disparaba el cañón o siquiera si era *capaz* de disparar, pero parecía muy satisfecho de sí mismo.

La reina de Junkertown los miró con desprecio y luego dio una bofetada en la cabeza a Junkrat.

—Nunca tuviste mucho respeto por mis reglas —empezó—, pero aquí estás, cuidándome las espaldas. ¿Sabes por qué gobierno Junkertown? ¿Por qué la gente me sigue?

Frotándose la mejilla, Junkrat abrió la boca para responder.

—No interrumpas —dijo Junker Queen—. No es porque todos me sean leales, obviamente. Mira.

Junkrat *estaba* mirando. Los Deshuesadores ahora tenían el cañón apuntado.

—No es porque sea mejor que todos ustedes —continuó la reina—, aunque *sí lo soy*.

¡Flosh! El cañón desató un rayo de energía incandescente. Una gran parte del edificio que se encontraba sobre la cabeza de Junker Queen se evaporó.

—Presta atención —dijo ella, mientras caían cenizas incandescentes como estrellas a su alrededor.

Sin embargo, los ojos de Junkrat se fijaron en el líder de los Deshuesadores al pie de la colina. Éste maldecía y ajustaba el ángulo de su cañón.

—Te dije que *prestes atención* —rugió la reina agarrando a Junkrat del cuello—. La gente me

sigue porque cuando las cosas van mal, cuando los delincuentes están a la puerta y todo lo que has construido está en llamas, necesitas a alguien que haga *esto*.

Dejó caer a Junkrat y empuñó su hacha y su cuchillo.

—¿Quién quiere un hachazo en la cara? —rugió.

Enseguida se lanzó por la colina contra la pandilla de Deshuesadores. Sola.

¡Flosh! El cañón disparó pero Junker Queen ya estaba en el aire, riéndose, y el rayo ni la rozó. Su hacha trazó un arco a través del humo y la ceniza, y el cañón explotó. El líder de los Deshuesadores soltó un grito. Junkrat consideró sus opciones mientras el resto de los Deshuesadores avanzaban hacia él, contó las granadas en su bandolera (cuatro) y miró al grupo de Deshuesadores (más de cuatro). Riéndose, se guardó una granada en el bolsillo y descendió a toda velocidad por la colina hacia la batalla.

Wrecking Ball atravesó la multitud a toda velocidad por su derecha, lanzando al aire numerosos Deshuesadores. A su izquierda, alguien emitía el gracioso sonido burbujeante que hace la gente cuando Roadhog se enfada en sus inmediaciones.

Junkrat penetró hasta el centro del combate y vio a Junker Queen.

Estaba de espaldas a la Puerta final. Diez Deshuesadores armados con cuchillos, garrotes, arpones y pistolas la rodeaban. Otros cuatro yacían en el barro a sus pies; no se veían para nada bien. Sus dos armas habían desaparecido, pero nadie se atrevía a acercarse.

—Ya te estabas tardando —dijo ella—. Acércate.

—¡Cualquier cosa por mi reina! —dijo Junkrat radiante de sinceridad.

Junker Queen asintió y le puso una mano en su huesudo pecho. —La lealtad es una desgraciada, yo misma la evito.

Levantó la mano, llevando como anillos los tres pasadores de las granadas que quedaban.

—Intenta que no te estalle el ojo, ¿de acuerdo? Lo necesito para la puerta y eso.

El corazón de Junkrat se llenó de admiración cuando él y su bandolera, ahora muy explosiva, se lanzaron contra la multitud. Es una lástima que al final tendría que traicionarla.

Examinó la batalla en busca de opciones y vio una que se abalanzaba hacia él. Saltó encima de Wrecking Ball y se aferró a la garra mecánica mientras esta se alejaba del suelo. En el punto máximo de la oscilación, se soltó de la esfera y empezó a lanzar granadas contra grupos de Deshuesadores.

¡Bum! Cerró los ojos, sonriendo. La vida era buena.

¡Bum! Los Deshuesadores gritaban. Junkrat estiró los brazos como un ave, sintiendo el calor de las explosiones en la espalda.

¡Bum! La gravedad exigía su atención. —*Uy.*

Junkrat abrió los ojos. El suelo se acercaba rápidamente.

—¡Roadhog! ¡Atráp...!

—Atrápalo —ordenó la reina.

Roadhog sujetó a Junkrat en el aire y lo sostuvo colgando. Finalmente sus pies tocaron el suelo y lo mantuvieron firme.

—¿Ganamos? —preguntó aturdido.

—Dímelo tú, genio —respondió Junker Queen, apoyada contra la pared junto al escáner óptico de la Puerta final. A su alrededor, yacían Deshuesadores en diversos estados de no-salud. El campeón había dejado su esfera y estaba examinando las piezas del cañón de los Deshuesadores, refunfuñando irónicamente para sí mismo.

—¡Ganamos! —concluyó Junkrat.

—Así es —afirmó con paciencia Junker Queen—. Ahora te toca hacer lo tuyo.

—¡Por supuesto, mi reina! —respondió, frotándose las manos con astucia—. ¡Roadhog! ¡Ahora!

Roadhog lo miró, inexpresivo.

—¡Te estoy dando la señal! —añadió con desesperación Junkrat.

Roadhog se rascó el codo.

Una mano con autoridad, llena de cicatrices y muy fuerte, se cerró alrededor del cuello de Junkrat.

—¿Se te olvidó decirle el plan, verdad? —comentó Junker Queen casi con ternura. El hámster, ya de vuelta en su robot, sacudió la cabecita con aversión. Junkrat reflexionó.

—Supongo que sí —dijo con tristeza.

—Bueno, ya habrán otras ocasiones —concluyó ella.

Luego lo levantó por el cuello y estampó su cara contra el escáner óptico.

—ACCESO AUTORIZADO —informó la puerta.

—Mmmfff —intentó hablar Junkrat.

La Puerta final se abrió con un suave zumbido, revelando una oscuridad intensa y fría. Junker Queen la atravesó sin dudar, entrecerrando los ojos para ver mejor. Luego miró hacia arriba, y después aún más.

—Detectando asombro —comentó el robot de Wrecking Ball, interrumpiendo el silencio.

Roadhog miró a su alrededor y su máscara no pudo ocultar su asombro. El sentimiento colectivo de maravilla llenó de orgullo a Junkrat, aunque duró poco.

—Ustedes dos —dijo Junker Queen indicando a Junkrat y Roadhog—, tienen treinta segundos para desaparecer de mi vista. Considérense afortunados de que les permita vivir después de la jugada que han hecho.

Antes de que Junkrat pudiera protestar, se volvió hacia la sala, dando una palmada a la armadura robótica de Wrecking Ball. —¿Crees que podrás hacerla volar?